

la cuestión más importante que inquieta al responsable del montaje, el editor Rob Devereaux, es la siguiente: ¿iba a ser Harry capaz de acometer esa tarea (la de componer la historia completa del destacado artista)?

A su manera, por supuesto que sí. Harry sabe muy poco de la persona que se agazapa bajo el ego avasallador de Mamoon Azam. Tampoco el lector cuenta con más información. Las preguntas se suceden, se multiplican: ¿quién es el ciudadano Mamoon Azam?; ¿qué ha producido de auténtico valor universal? A juzgar por el retrato que de él traza Kureishi desde la perspectiva del narrador en tercera persona, sus rasgos físicos y psicológicos encajan con los del intemperante escritor de Trinidad y Tobago, V.S. Naipul, que nos ofreció Patrick French en su biografía del 2008: *El mundo es así*. Ahora bien, Kureishi niega que su personaje de ficción esté basado en Naipul. Tampoco importa demasiado identificar al modelo. Harry Johnson se pone no ya a investigar la vida de Mamoon Azam –sin la cooperación de éste– y a ir recopilando datos poco o nada conocidos de la misma, sino que se va adentrando en las zonas más oscuras y viscosas del biogra-

Entre tanto juego sexual, cinismo, celos y situaciones absurdas, uno espera que la novela pegue un salto

fiado. A través de los dietarios de su primera mujer Peggy, que murió de desamor, y de una serie de entrevistas personales con la amante que tenía entonces, Marion, el biógrafo penetra en la dubitativa sexualidad de Mamoon y topa con sus instintos perversos en la muy conservadora y falsa Inglaterra de su amiga Mrs. Thatcher. Entretanto se diría que pese a ciertos vómitos biliosos que Mamoon vierte sobre colegas como Jean Rhys, Orwell, Maugham, Eliot, Woolf, Forster o Murdoch, el relato acaba desbordado por el oleaje sexual que en mayor o menor grado afecta a todos los oficinistas de un drama en definitiva vulgar...

Pero en medio de tanto juego sexual que une y separa a unos de otros, de tanto cinismo, celos, amoralidad, situaciones un tanto absurdas y diálogos tediosos, uno sigue esperando que en algún instante la novela pegue un salto hacia adelante y arriba. Pero esto no sucede. Las preguntas del principio siguen en pie. ¿Mamoon Azam es un artista ciertamente relevante aparte de un viejo egoísta y salido? ¿Harry Johnson es algo más que un escribidor al servicio del mejor postor? ¿No es esa una historia –un libro– de degradación, vacío emocional y artificio narrativo? ¿O solo me lo parece? |

Carlos Pardo
El viaje a pie de Johann Sebastian

PERIFÉRICA
238 PÁGINAS
18,50 EUROS



El padre del personaje principal, jubilado, compete con éxito en un triatlón, aunque también enferma

XAVIER CERVERA

Novela Carlos Pardo da voz al menor de una familia de cinco hijos cuyos padres enferman. Esta es una obra sobre la desilusión del cambio de siglo

Almas desencantadas

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Estamos en unos momentos de incómodo desconcierto en el que sólo parece haber espacio para autores consagrados por la inercia de críticos y lectores y para los escritores arribistas cuya única aspiración es desplazar a los consagrados o ponerse a su altura. Por eso resulta refrescante encontrarse con aquellos que parecen surgir del silencio y alimentarse de él. Entre ellos se encuentra Carlos Pardo (Madrid, 1975), conocido como poeta, autor de una novela que pasó o me pasó desapercibida y que es de esperar que, con *El viaje a pie de Johann Sebastian* –que está recibiendo comentarios elogiosos– ocupe el lugar que se merece, que no es necesariamente la lista de los libros del año, casi todas ellas convencionales y oportunistas.

Y no es que Pardo merezca este reconocimiento por la audacia de sus propuestas, por la agresividad de su discurso, por la fuerte carga de sexo y violencia o por un discurso ideológico radical, sino más bien por la aparente ausencia de todo ello. Hay una extraña placidez en una crónica familiar cargada sin embargo de tensiones, formada por dos padres enfermos y cinco hermanos que no se ponen de acuerdo. Los saltos en el tiempo, la distinta visión que cada uno tiene

de la vida, los constantes encuentros y desencuentros, la huida y los regresos, al mismo tiempo que van dibujando un universo, lo desdibujan. El responsable de dar testimonio de todas estas contradicciones es Carlos, el menor de los hermanos, convertido en un cronista de la familia guiado por el principio de la libertad: “Tengo la obligación de pensar libremente, porque lo que piensas no es lo que sucede”. El sentimiento de culpa le lleva a

La novela se mueve entre la compleja personalidad de Carlos, su familia y el testimonio de la época

sustituir la realidad por su doble: “Esta suplantación, la vida escrita, aunque poco fiel, es la vida que he elegido”.

Acepta la vida cotidiana y al mismo tiempo es capaz de realizar viajes astrales, y, sin escribir una novela libresca, la música, los libros y el cine le acompañan a lo largo de la vida, de una vida que es una continua iniciación y un recorrido. De adolescente se sentía a sus anchas en el anacronismo, que es “la posibilidad de escapar a la condena de la actualidad”, y que en cierto

modo definirá a toda una generación: “No es que hayamos superado la juventud (...) sino que la juventud no se ha cumplido”. Y frente al anacrónico está el dandi, “algo radical en oposición a la adocenada gente de mi universidad en unos tiempos en que las gentes más brillantes defendían a capa y espada (a gabardina y maletín) la normalidad. La norma”.

El fracaso social

La novela se mueve continuamente entre la compleja personalidad de Carlos, su relación con la familia y el testimonio de una época y “un fracaso en grupo vivido como una decisión personal”. Fracasada y desavenida lo es la sociedad y con la sociedad lo es este microcosmos llamado familia. El padre, que de joven había tocado la guitarra en un conjunto y que tenía fama de inteligente y de buena persona, es ahora un hombre mezzuino, derrotado por la enfermedad, que se caga en los pantalones y que en su senilidad no reconoce a sus hijos, ni siquiera al que más ha querido y el que más le ha querido. La madre se ha visto condenada a ser un ama de casa que ha dado lo mejor de su vida para que el marido le engañe. Y esta familia de la transición española encuentra una especie de réplica en la de Johann Sebastian Bach, en apariencia un capítulo aparte, pero se trata de un fragmento fundamental dentro de la serie de textos y fragmentos que se integran en el libro. Es, sí, el más poderoso, porque es el que da una nueva dignidad al conjunto: “No sólo el arte del contrapunto sino encontrar en un tema otro”, en una novela donde se va caminando “no por el camino real sino por el verdadero”; un camino arriesgado, sin duda, pero “Dios no quiere a quien no quiere perderse”. Y en este perderse hay, aquí, un reencuentro con la buena literatura. |